

# Los atentados a las Torres Gemelas Guerra y globalización\*

*Pedro Brieger\*\**

Los atentados a las Torres Gemelas en el corazón de Nueva York, y al Pentágono en Washington, provocaron un verdadero terremoto en la agenda política internacional. Por haber sido atacada la primera potencia mundial; por la magnitud de los atentados y su secuela de muertos; por la compulsión de modificar la agenda de política exterior que tenía planificada el presidente George Bush(h); por las secuelas económicas, culturales y políticas que dejarán en la sociedad estadounidense, por las desconocidas implicancias que tendrán los bombardeos sobre Afganistán, y por lo que despertará en el resto del mundo. Si el historiador británico Eric Hobsbawm afirma que el siglo XX finalizó con la caída del Muro de Berlín, surgirán otros que plantearán que el siglo XX se extendió hasta el 11 de septiembre de 2001 y que -en realidad- ese día marca el comienzo del siglo XXI.

No cabe duda de que los atentados marcan “un antes y un después”, y que el proceso de globalización en curso ahora tendrá que tomar en cuenta nuevos múltiples factores que seguramente seguirán apareciendo como consecuencia de lo sucedido en Estados Unidos ese día. A su vez, esta nueva “guerra” no debe empañar el debate que se ha generado en la última década sobre los efectos de una globalización que hoy incluye solamente al 15 por ciento de la población mundial mientras el 60 por ciento nunca ha realizado una llamada telefónica. La violencia terrorista y los atentados del martes 11 no son una consecuencia directa de la globalización, pero para comprender de qué manera están imbricados es inevitable analizar qué vinculación existe entre ellos a comienzos del siglo XXI y qué rol le cabe a Estados Unidos, locomotora indiscutible de esta globalización.

\* Conferencia dictada en la Universidad Nacional de Tres de Febrero en el marco del II Seminario sobre Bioterrorismo “con el conocimiento se vence al terror”, organizado por el Gobierno de la provincia de Buenos Aires (14.11.2001). Las expresiones vertidas en este trabajo no comprometen la posición de los organizadores.

\*\* Sociólogo y profesor de las Universidades de Buenos Aires, La Plata y Morón. Es autor, entre otros de “Medio Oriente y la Guerra del Golfo” (1991) y “¿Guerra Santa o lucha política? Entrevistas y debate sobre el islam” (1996)

En la década de los noventa las referencias a la "globalización" han convertido este concepto en un término vacío de contenido y precisión. En una simplificación, podría decirse que desde los años setenta la "globalización" parece haberse convertido en un simple catálogo de todo lo que pueda sonar a novedad; ya sean los avances en la tecnología de la información, el uso generalizado del transporte, la especulación financiera, el creciente flujo internacional del capital, la *disneyficación* de la cultura, el comercio masivo, el calentamiento global, la ingeniería genética, la CNN y sus transmisiones en directo desde cualquier punto del planeta, el poder de las empresas multinacionales o la nueva división y movilidad internacional del trabajo.

Para que se puedan comprender -de manera separada y cómo están imbricados- la "globalización" y los atentados a las Torres Gemelas y el Pentágono el 11 de septiembre, es indispensable hacerlo en el marco de **cuatro hechos** que se entrecruzan y retroalimentan; dos de ellos históricos y dos del ámbito de las ideologías. Primero, la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, que, como representación simbólica, marcó el comienzo del fin del mundo bipolar y del enfrentamiento Este-Oeste al desaparecer la Unión Soviética en 1991 dejando a Estados Unidos como única e **indiscutida** superpotencia. Segundo, el polémico artículo de

Francis Fukuyama, asesor de la Rand Corporation, profetizando sobre el fin de la historia al desmoronarse el bloque soviético e identificando al capitalismo liberal como la única sociedad capaz de satisfacer los anhelos más profundos y fundamentales de los seres humanos. Tercero, la Guerra del Golfo en febrero de 1991, que dio paso al intento de remodelar un "Nuevo Orden Internacional", definición acuñada por el presidente de Estados Unidos, George Bush (p), y que representa los claros intereses estratégicos de Washington de erigirse como potencia hegemónica en el ámbito militar, económico y político con la desintegración del Bloque Soviético. Cuarto, siguiendo con la línea de pensamiento de Fukuyama, el politólogo de Harvard, Samuel Huntington, planteó que, dada la desaparición de la Unión Soviética, los conflictos sociales desaparecerían y el "choque de civilizaciones" marcaría las futuras relaciones sociales.

Si bien es un marco referencial que permite un acercamiento a la nueva situación mundial desencadenada el 11 de septiembre, no es menos cierto que resulta extremadamente complejo tratar de definir el carácter de esta crisis internacional y la naturaleza del conflicto que se asemeja a las cajas chinas: a medida que se abre una surge otra y no se puede vislumbrar cómo será la última de ellas.

En la década de los '90 la globa-

lización estuvo marcada por dos ejes. Primero, la "globalización" del capital y su expansión a los países ex comunistas, la conquista neoliberal de economías del tercer mundo que solían ser proteccionistas y la amplia privatización de las empresas públicas, en el Norte y el Sur, lo que llevó a re-significar la dominación global del capital.

Segundo, la "Mc-donalización" de la esfera cultural, económica y social. Para muchos pueblos, desde Chiapas, pasando por Moscú o París, la globalización representa la sistemática penetración e imposición de valores, comportamientos, instituciones e identidades que incluye el *blue jean*, la hamburguesa, la Coca Cola, MTV y la CNN como símbolos representativos. Es indudable que Estados Unidos despierta sentimientos contradictorios. Por un lado se admira su estilo de vida -el tan difundido "*american way of life*"- la construcción de su sistema democrático, la libertad de prensa y expresión, y un conjunto de valores que seducen a una porción importante de la humanidad, especialmente a los gobernantes que buscan los favores de Occidente. Pero, aunque a los occidentales les cueste aceptarlo, este modelo dista de seducir a la mayoría de los pueblos poseedores de tradiciones milenarias, que son la mayoría sobre la tierra. Sin ningún intento de justificar los atentados, la realidad indica que en la relación ambivalente que existe entre la

aceptación y el rechazo, los atentados a las torres gemelas provocaron, fuera de Estados Unidos y no solamente por un puñado de fanáticos en el mundo islámico, un sentimiento muy amplio de "sabor a revancha" y "comprensión", independientemente de la identidad de los autores.

Estados Unidos, como única superpotencia después de la desaparición de la Unión Soviética despierta sentimientos encontrados que deben ser tomados en cuenta al analizar la globalización neoliberal y los atentados del 11 de septiembre. Es imposible comprender la relación entre ambos hechos sin analizar el rol hegemónico de Estados Unidos y las explicaciones que se han brindado al porqué de los atentados en el corazón de Nueva York.

Después del 11 de septiembre, Thomas Friedman, uno de los columnistas más importantes del *New York Times*, señalaba que los estadounidenses debían comprender que los terroristas "no odian sólo nuestras políticas sino que odian nuestra misma existencia".

La representación de un enfrentamiento entre civilizaciones, entre la occidental moderna y progresiva y el islam como medieval y bárbara no sólo es históricamente equivocada sino totalmente falaz. Si bien el siglo XX ha conocido varias y profusas masacres, dos de las más "importantes" han sido realizadas por la civilización

industrial occidental.

La planificación hasta el último detalle con sus campos de concentración, las cámaras de gas y el exterminio de un pueblo fue realizada por Alemania, la nación más avanzada del planeta en la década de los treinta. Las bombas que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki -y en menor medida sobre la ciudad alemana de Dresden- aunque no tuvieron como objetivo provocar el genocidio de todo un pueblo- aniquilaron a casi 300 mil personas con el fin de poner de rodillas a los japoneses y alemanes y “mostrar” el enorme poderío tecnológico de Estados Unidos al nuevo/viejo enemigo, la Unión Soviética

El islam, señalado como el “nuevo enemigo de Occidente” después de la desaparición de la Unión Soviética, es mediática, política e intelectualmente señalado como “retrasado, fanático y bárbaro”

Edward Said, profesor de literatura comparada de la Universidad de Columbia afirma. “para la derecha, el islam representa barbarismo; para la izquierda, una teocracia medieval; para el centro, una especie de exotismo desagradable. A pesar de que se sabe muy poco sobre el mundo islámico existe un acuerdo de que allí no hay demasiado que se pueda aprobar”. Las imágenes de Afganistán, asociadas con la destrucción de las Torres Gemelas, no hacen más que acrecentar esta

antinomía simplista y maniquea de “civilización o barbarie”.

De todas maneras, más allá de las declamaciones principistas casi como reflejo natural producto de la mezcla de dolor, bronca y el deseo de revancha del día después, el gobierno tuvo que salir a explicar el porqué de los atentados en el corazón de Estados Unidos buscando las causas en la política exterior de la Casa Blanca y especialmente en su relación hacia el Medio Oriente y el mundo árabe-islámico.

El 27 de septiembre, un editorial del *New York Times* reconocía que “Estados Unidos tiene una larga y calamitosa historia de tumbar gobiernos que no son amigos nuestros. Las repercusiones negativas de los golpes de estado en Guatemala e Irán en época de la época de la Guerra Fría todavía persiguen a Washington hasta el día de hoy”.

El reconocimiento más revelador de la relación existente entre política exterior y terrorismo fue dado por el ex presidente Jimmy Carter **doce años** antes del martes 11 cuando reconoció esta relación al afirmar que “sólo hace falta ir al Líbano, Siria o Jordania para ver el inmenso odio de la gente hacia Estados Unidos porque nosotros hemos bombardeado sin piedad y matado a gente inocente, mujeres y niños, campesinos y sus esposas (...) Como resultado de ello, para esa gente que está profundamente resentida nos hemos con-

vertido en un especie de diablo. Eso llevó a que tomen rehenes y precipitó algunos ataques terroristas”.

Los problemas de Estados Unidos no provienen solamente de su intervención en el Medio Oriente, en realidad, el problema central que ha quedado al descubierto después del 11 de septiembre es la extrema hegemonía ejercida por Estados Unidos sobre el conjunto del mundo como señaló el sociólogo Alain Touraine dos días después de los atentados.

La crisis internacional desatada por los ataques del martes 11 puede ser analizada tomando en cuenta la existencia de dos fases diferenciadas. La primera se inicia el 11 de septiembre y finaliza el 7 de octubre, cuando comienzan los bombardeos sobre Afganistán. La segunda comenzó el 7 de octubre, y no es casual que la CNN, tan afecta a la utilización de sugestivos títulos, cambiara su “América atacada” por el de “Guerra en Afganistán”. Todavía es difícil precisar si la segunda fase ha terminado con la retirada de los talibanes de Kabul el 13 de noviembre y si ha comenzado una tercera etapa con nuevas características.

Si bien es cierto que estas dos fases permiten un marco de análisis puntual, también hay que tener en cuenta que Estados Unidos ha declarado una difusa e imprecisa “guerra global contra el terrorismo” que excede la captura de Bin Laden, el derrocamiento de los talibanes o la recomposición del sis-

tema político de Afganistán.

Durante la primera fase Estados Unidos apareció claramente como víctima porque fue atacado, porque la destrucción fue transmitida una y otra vez a todos los rincones del planeta y porque hubo miles de muertos. Aunque todavía no se sabe a ciencia cierta quiénes fueron los responsables es muy posible y probable que el golpe recibido provenga de factores externos y que los responsables hayan surgido del mundo árabe-islámico. Golpeado por un enemigo feroz y fantasmagórico Washington necesitó -en primer lugar- identificar con nombre y apellido rápidamente al enemigo para devolver el golpe y calmar la angustia de una población en estado de *shock*, aterrorizada por la posibilidad de nuevos ataques, y dolida por las imágenes de la muerte en el corazón de Nueva York. En segundo lugar, la necesidad de retaliación respondió a la necesidad de la primera potencia mundial de demostrar que ningún enemigo puede amedrentarla, que el crimen no quedaría impune y para demostrar que la vida podía volver “a la normalidad” como lo aseguró el presidente Bush, megáfono en mano, sobre los escombros de las Torres Gemelas.

Una vez señalado Bin Laden como culpable de los ataques, Estados Unidos buscó construir la “Coalición Internacional contra el Terror” que le diera legitimidad en su difusa e incierta lucha global contra el terrorismo y un “cheque

en blanco” a una ofensiva militar allí donde se realizara. Cómo era lógico esperar, primero apeló a su propio Congreso -donde consiguió un voto casi unánime de apoyo- y a los países occidentales más poderosos, para luego comenzar a tejer una compleja red de nuevas alianzas, impensada un mes antes de los atentados. La ofensiva diplomática logró el apoyo explícito e implícito de casi todas las naciones y que los tres países que mantenían vínculos con el régimen de los talibanes -Arabia Saudí, los Emiratos Arabes Unidos y Pakistán- los cortaran.

El apoyo sin precedentes a Estados Unidos en esta fase **“de la victimización a la búsqueda del consenso”** le permitió a Washington “comunicar” sus intenciones de atacar Afganistán buscando amparo en el artículo 51 del capítulo 7 de la Carta de las Naciones Unidas que le otorga a un país el derecho de responder a una agresión, pero como una medida provisional hasta que el Consejo de Seguridad tome las medidas que considere convenientes.

Ante la presencia de la primera potencia mundial como víctima, muy pocos cuestionaron la legitimidad jurídica de la intención de Estados Unidos de comenzar los bombardeos sobre Afganistán el 7 de octubre. Michael Mandel, profesor de derecho en Osgoode Hall Law School, Toronto, y especialista en derecho penal internacional, sostiene que el artículo 51 otorga

a un estado el derecho a repeler un ataque que se está llevando a cabo o es inminente, como una medida temporal hasta que el Consejo de Seguridad de la ONU pueda tomar las medidas necesarias para la paz y la seguridad internacionales (y) el derecho a la autodefensa unilateral no incluye el derecho a las represalias una vez que el ataque ha parado. El derecho de autodefensa en derecho internacional es como el derecho de autodefensa en nuestro propio derecho: te permite defenderte cuando la ley no está alrededor, pero no te permite tomarte la justicia por tu mano.

La fase de la ofensiva militar fue una consecuencia directa de la primera fase y el discurso de sus estrategias reiteró una y otra vez que los bombardeos sobre Afganistán eran la respuesta al ataque del martes 11.

Para justificarlos, el gobierno de Estados Unidos manifestó que los talibanes se habían negado a las cuatro exigencias formuladas por el presidente Bush: la entrega de Bin Laden, el cierre de sus campos de entrenamiento, permitir inspecciones internacionales en suelo afgano y la liberación de los ocho cooperantes internacionales.

La segunda fase se inició una vez conseguido el consenso de las naciones “occidentales” y el apoyo de la mayoría de los países árabes e islámicos. Claro está que a diferencia de los países occidentales, que -en principio- debe-

rían tener objetivos afines a los Estados Unidos, cada uno del resto de los países que aprobó los bombardeos sobre Afganistán lo hizo por intereses propios.

Sin embargo, la segunda fase rápidamente comenzó a tener dinámica propia, independientemente de lo sucedido el martes 11. El reiterado cambio de discurso del Departamento de Estado respecto de los objetivos a lograr reflejó más que nada la necesidad de encontrar una justificación a los bombardeos de la primera potencia mundial sobre uno de los países más pobres del planeta.

La desigualdad de fuerzas y recursos, la falta de imágenes sobre los bombardeos, la huída de miles de afganos por causa de los bombardeos, y los famosos “daños colaterales”, que no son otra cosa que un eufemismo para indicar que las bombas han caído sobre civiles, no hicieron más que incrementar las dudas y el rechazo -no sólo en el mundo árabe e islámico- respecto de la ofensiva militar que -en un primer momento- se había planteado como objetivo la captura de Bin Laden y la liquidación del terrorismo. La búsqueda de la legitimidad de los bombardeos sobre Afganistán contó con un elemento propagandístico fundamental: la demonización del enemigo. Tal cual sucedió durante la Guerra del Golfo, la magnificación y mitificación del poderío de Saddam Hussein y de los talibanes y del “ejército de 20 mil hom-

bres de Bin Laden” sirvió para obtener legitimidad y consenso para lanzar la ofensiva militar. Como en 1991, la huida de los talibanes de Kabul casi sin disparar un tiro permite concluir que ambos “demonios” tienen una capacidad operativa real dentro de su territorio pero son incapaces de enfrentarse a la primera potencia militar del mundo.

¿Es el islam el nuevo enemigo de Occidente como parecen plantearlo nuevamente los estrategas estadounidenses a pesar de que se desviven por aclarar que sólo buscan liquidar a los terroristas? No cabe la menor duda de que la inmensa mayoría de los musulmanes y árabes tienen la sensación de que nuevamente hay una guerra contra el islam. Esta no es una mera percepción paranoica que los nuevos discursos del presidente Bush lograrán amortiguar; menos aún después de que hiciera alusión a una “cruzada” contra el terrorismo y bautizara la operación militar con el nombre de “Justicia Infinita”. En el mundo árabe-islámico existe el convencimiento de que hay masacres que para los occidentales pesan como montañas y que otras -en Chechenia, Bosnia, Palestina, Irak o Afganistán- pesan como plumas.

Desaparecida la Unión Soviética, la estrategia estadounidense global, que siempre visualiza una confrontación por el liderazgo hegemónico en el escenario internacional, se estructuró sobre la base

de cuatro actores capaces de cuestionar el modelo de globalización actual: China, el islam, los movimientos de resistencia global y por último el terrorismo global, personificado ahora en Bin Laden. Más allá del debate en torno del crecimiento económico de China, a diferencia del islam y los movimientos de resistencia global, China no tiene pretensiones de competir con Estados Unidos respecto de un modo de vida. Esto es, no se presenta como alternativa a escala planetaria, y está dispuesta a “coexistir” con el *american way of life* que sí es cuestionado por los movimientos islámicos y los movimientos de resistencia global.

Paradójicamente, si bien el islam ocupó el centro de la atención intelectual y política en Estados Unidos en el primer lustro de los noventa, los movimientos islámicos están en franco retroceso. Lo novedoso, es que su fragmentación es lo que posibilitó la aparición de un fenómeno como el de Bin Laden, que no tiene el apoyo de movimientos sociales revolucionarios sino que más bien parece representar puntualmente los intereses de un sector de la burguesía saudí y -desde su aparición mediática- la desesperación de aquellos excluidos de la modernidad que pueden identificarse con alguien por el mero hecho de golpear a Estados Unidos.

A diferencia de Bin Laden, que aparece con proclamas políticas bastante confusas y difusas, los

movimientos de resistencia global -como el islam- plantean una concepción alternativa de vida en todos los ámbitos. El desarrollo de estos movimientos con grandes movilizaciones en Seattle, Washington, Praga y Génova, y las simpatías que concitan -aun con su diversidad no hace más que ratificar el cuestionamiento de un modelo que a principios de los noventa aparecía indiscutible. Lo que los hace más peligrosos ante los estrategas de Washington es que el cuestionamiento del modelo neoliberal -en la segunda parte de los noventa- no nace desde la lejana y pobre periferia sino que articula la protesta entre las reivindicaciones en los países centrales y los países periféricos. Es en este contexto que deben analizarse los atentados de Nueva York y Washington y el discurso que pronunció el 24 de septiembre Robert Zoellick, el vocero de Comercio de los Estados Unidos, en el **Institute for International Economics** de Washington. Allí Zoellick fue muy claro al establecer el nexo entre los atentados y la globalización al señalar que los terroristas tenían conexiones intelectuales con quienes se oponen a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y han desatado la violencia contra las finanzas, la globalización y los Estados Unidos.

Queda claro que la intención de relacionar a los responsables de los atentados del martes 11 con los movimientos de resistencia global tiene como objetivo el dise-



ño de un Nuevo Orden Internacional económico y político con hegemonía estadounidense y que no admita cuestionamientos. Por lo tanto, es maniquea la visión del enfrentamiento entre el “bien” y el “mal” como lo ha presentado el

presidente Bush desde el martes 11, de la misma manera que atrapando o matando a Bin Laden no se resuelve el problema del terrorismo. Por eso, lo que hay que atacar es la miseria que lo engendra y las profundas desigualdades